

## Los Cincuenta Cochinitos

por Fernando Helguera



### I

Era el último día de nuestras vacaciones, y nos esperaba un camino en auto de más de mil kilómetros hasta la Ciudad de México. Después de tres semanas de amplio recorrido en Quintana Roo, en los que había habido playa, chicas, hamaca, deportes, fiesta, y todo lo que un cuarteto de jóvenes de veintidós años puede desear en sus aventuras, transcurría el primer día del año. Chavis es mi amigo desde los cinco años, Rayas lo era desde los nueve, y el Gerry desde los catorce. Un futuro mucho más allá de esta historia me dejaría saber que, contrario a lo que en ese momento creía, no los conocía del todo bien. Estaba claro que lo que vivimos antes y después de este momento, sólo podría haber pasado en un lugar como nuestro querido país, donde todo se acaba pagando.

El primero de enero de 1992 transcurría tranquilamente dentro de la casa que nos habían prestado para pasar los últimos días de viaje en Cancún. Todo había ido muy bien y sin embargo había algo que no me tenía contento. Sentía hartazgo por la naturaleza egocéntrica y mitómana de Rayas, y cierta envidia por su éxito con las mujeres. Si bien no tenía de qué quejarme al respecto, la inseguridad propia de la juventud me llevaba a rincones que desataban sentimientos que no sabía manejar. Como habíamos llegado a las ocho de la mañana del festejo de año nuevo, dormimos hasta pasadas las cuatro de la tarde y, entre chistes y memorias de lo recién vivido, disfrutábamos con vistas al Mar Caribe. Hicimos cuentas del dinero que nos quedaba, llegando a la conclusión de que a duras penas

alcanzaría para casetas, gasolina, y algo de comer en el trayecto. Echamos a la suerte la ruta a seguir: águila, nos iríamos por Mérida, hacia Campeche, Tabasco, Veracruz, y llegaríamos por Puebla; sol, por Chetumal hacia Chiapas, Oaxaca, Guerrero y llegaríamos por Morelos.

Cayó sol. Era un camino más largo pero más barato, y además así podríamos ir costeadando por el Pacífico durante largas horas con luz de día. El primer tramo del recorrido lo haríamos de noche pues decidimos salir a las cero horas del día dos de enero, y así llegaríamos a buena hora a la ciudad. Chavis como propietario del automóvil, y yo como el más diestro y con mejor vista, seríamos los encargados del volante. Gerry y Rayas manejaban bien, pero sabían ser buenos copilotos, posición de mucha importancia en los viajes y que poca gente sabe apreciar en su verdadera dimensión. Organizamos los turnos y se decidió que yo sería el primero en manejar, pues nunca me ha gustado el alcohol en cantidad, y entonces era el único que no estaba crudo después de la pachanga. Ya descansados en la madrugada todos estarían enteros y yo podría ceder la estafeta a Chavis, para irme atrás a dormir un rato. Pasamos el resto de la tarde leyendo, durmiendo, jugando dominó, y charlando.

Eran las once de la noche y estábamos listos, así que cargamos el coche después de cerciorarnos de que la casa quedara limpia, en orden, y sin ningún destrozo. Dejé las llaves de la misma en el buzón de correo y nos despedimos de esa etapa de la vida, para poner el motor en marcha alrededor de las once y media. Rayas sería mi copiloto, atrás de él se subió Gerry y atrás de mí, Chavis. Luego de quince minutos de recorrido por la zona urbana, nos adentramos en la oscuridad de la carretera que nos llevaría a través de la Riviera Maya. En esos años la ruta era de un carril de ida y otro de vuelta, sin acotamientos en la mayoría de su longitud, y poco transitada. Para nosotros eso no era un riesgo a considerar en cuanto a posibles asaltos y accidentes, y nos sentíamos tan seguros como en la mejor de las autopistas.

Viajábamos en un auto alemán de transmisión estándar con excelente torque, que alcanzaba altas velocidades por su ligereza en relación con la potencia de su motor, estable por ser un modelo hatchback de poca altura, y respondiendo de maravilla a mi mandato, nos llevaba a más de 180 imprudentes km/hr. El disfrute de su manejo hubiera sido mayor si no hubiese tenido a Rayas relatando sus hazañas, que llegaban a lugares emocionales que no me eran del todo controlables. Dentro de sus historias relataba sus éxitos recientes con las chicas extranjeras en los bares, y me provocaban una envidia verde intenso. Si bien yo sabía que estaba exagerando, siendo testigo de sus vivencias durante tantos años, no podía desconocer que sus logros me parecían inalcanzables. En ese momento no sabía que si lo eran, dependía de lo que yo decía para mí en pensamientos. El único obstáculo para alcanzar esa forma de relacionarse, era yo mismo.

Cada vez me sentía más molesto y con ganas de callarlo, pero mi máxima y timorata reacción era decirle lo mentiroso y desagradable que me resultaba, en italiano. Yo sabía que no lo entendía, pero que podía interpretar que lo que oía de mi boca, no era algo precisamente agradable. Obviamente su actitud hacia mí era cada vez peor, por medio de sus presunciones y sus sarcasmos sobre el actuar de gente como yo. También lo hacía de forma indirecta. No había otra cosa en ese momento para mí, que la frustración y el enojo creciente hacia su persona y hacia mi supuesta realidad. Trasladaba la responsabilidad de lo que yo mismo dejaba de hacer arrojándola hacia su rostro, pero esos sentimientos chocaban con la superficie interior de mi piel en su mayoría, haciendo que el daño más grande se quedara en mi interior.

Atravesábamos una recta prolongada enmarcada en dos paredes de hierba alta que me recordaban un pasillo de hospital psiquiátrico. No por su aspecto físico, si no por la locura mitomaníaca y paranoide de quienes lo veníamos recorriendo a toda velocidad. En cualquier momento podía salir un animal de entre las ramas y hubiera sido el acabose, pues no habría tiempo de reaccionar para evitar una colisión fatal. Rayas comenzó a sentirse nervioso pues la sensación de velocidad, que de por sí era muy alta, se hacía mayor con la percepción de las plantas que dejábamos atrás vertiginosamente, y que se encontraban a no más de un metro de las ventanillas derechas del automóvil.

- ¡Bájale cabrón, vienes casi a doscientos en esta pinche carreterita!
- Cálmate, mejor deja de ver el tablero y ponte atento para que me avises si ves algo.
- En serio, nos vas a matar.
- Por eso nunca ganas cuando hacemos carreras de autos en el periférico. Por puto.

Rayas venía agarrado casi hasta con los dientes y yo me sentía francamente contento de hacerle sentir miedo. El otro miedo, el que yo sentía, se iba disolviendo en el asfalto que dejábamos atrás. Afortunadamente no había un solo hoyo o tope que desestabilizara el vehículo.

- Hay una curva ahí adelante, bájale ¿no la ves?
- ¿Cuál? -contesté como si en serio no la viera y acercándonos peligrosamente sin disminuir la velocidad.
- ¡Chale pinche loco! -dijo mientras tomaba la curva con recorte perfecto, aunque no fue suficiente para evitar que el auto se derrapara un poco en su parte trasera, dejando embarrado en el asfalto un leve rechinado de las llantas.

Gerry y Chavis no se despertaron ni por asomo, y yo pude ver otra recta hasta donde los faros de luces altas lo permitían. Bajé un poco la velocidad para que Rayas se relajara y no siguiera chingando, llegando a una velocidad de cruce de 160 km/hr.

- Entonces qué ¿ya te zurraste en los pantalones? -pregunté burlón, viéndolo directamente a los ojos.
- ¡Mira el camino! -ordenó ya con desesperación.
- ‘Tá bueno, ya no chilles -respondí retomando la visión del camino, siempre a ciento sesenta.
- ¿Está todo bien? -cuestionó Chavis entre sueños, desde atrás de mi asiento, haciéndome sentir sus rodillas en el respaldo.
- Sí, tú tranquilo, ya ves cómo se pone el Rayas -él ya no estaba escuchando mi voz, pues seguía dormido.

Viajamos unos cuantos kilómetros en silencio, rumiando nuestra rivalidad, mientras las plantas altas del lado derecho se fueron convirtiendo en matorrales bajos. Un letrero nos anunció “Laguna de Bacalar”, al tiempo que Rayas ponía un casete en el tocacintas del auto: la pista sonora de la película “Rumble Fish”, composición del baterista Stewart Copeland. La pieza “Don’t Box Me In” abrió esa etapa del recorrido, que sucedía aproximadamente a la una y media de la madrugada. Detrás de la vegetación baja, se insinuaba la laguna gracias al reflejo de las luces de un poblado que se encontraba en la

orilla más lejana a nuestra ubicación. Pude ver que la carretera bordeaba una masa de agua que estaba a menos de dos metros por debajo de la pista y a tres metros de distancia horizontal que alojaban la vegetación endémica. Las rectas ahora eran cortas, limitadas por curvas algo pronunciadas, por lo que bajé un poco la velocidad olvidándome de todo lo tóxico que había en el ambiente, y dando paso a un ritmo fluido de ideas sobre la supremacía del ser humano contemporáneo gracias a la tecnología, y el dominio del entorno natural.

Tomamos una curva con el velocímetro marcando 130 km/hr., y al salir de ella se veía en la recta que nos recibía, un camión grande que venía por el otro carril hacia nosotros. Bajé las luces y el camión prendió un reflector inusual en el techo, causándonos un repentino y totalmente enceguecedor deslumbramiento.

- ¡Qué le pasa a ese güey! échale las altas.
- Que animal -contesté quitando el pie del acelerador.

La luz era tan fuerte y estaba tan cercana que ni siquiera podía recurrir a la guía visual que aportan las líneas pintadas en el pavimento, para estar seguro de no salirme de la vía. Sentí el flujo inmediato de adrenalina que recorría mi cuerpo y le toqué la bocina largamente, pero no apagó el reflector. Era un tráiler rojo de esos que transportan refrescos negros. En el momento en el que la tremenda luz salió de mi campo de visión quedo al descubierto, tan solo a unos metros frente a nosotros, un camión de redilas sin luces, totalmente detenido y obstruyendo nuestro carril. Del lado izquierdo el tráiler no acababa de pasar pues era de doble remolque. Gritamos los dos a todo pulmón, al tiempo que mi reacción era dar un volantazo con el brazo izquierdo estirado, girando el auto hacia las plantas de la derecha. El pie pisando freno a fondo. Nos metimos bajo el camión en un impacto seco que hizo estallar el vidrio frontal, quedando el auto enganchado al eje trasero de aquél camión. El auto rebotó por la inercia del impacto y la parte trasera de nuestro coche salió de la carretera, jalando al camión que, por su peso, evitó que cayéramos hacia abajo en la laguna. El auto colgaba enganchado en un ángulo de aproximadamente cuarenta grados, con todo el frente parcialmente debajo de una estructura metálica retorcida, a un metro de nuestras cabezas. El techo del auto estaba un poco por detrás y considerablemente más abajo de su posición original. Como nuestra reacción había sido la de agacharnos y echarnos hacia adelante, nuestras nalgas estaban al borde del asiento. Sentí la boca y la parte externa de la garganta llena de vidrios, y el calor de lo que debía ser sangre que me recorría la barbilla y el cuello, hasta llegar al pecho poco a poco.

- ¿Están bien? -escuché a Chavis como primera voz después de los gritos.
- Sí -respondió inmediatamente Gerry.
- Creo que sí, pero no puedo mover el cuello -dijo Rayas un poco antes de hacerse un silencio que a todos llenó de terror.

## II

Yo no podía contestar por la sangre y los vidrios en la boca, pero levanté la mano derecha un poco. Mi respiración era muy corta y pausada a pesar de que sentía el corazón como maraca. Chavis salió por el espacio que había ocupado el parabrisas unos minutos atrás, pateando los restos adheridos a la estructura metálica, pasando entre Rayas y yo; inmediatamente detrás salió Gerry. Las puertas habían quedado inutilizadas en una especie de efecto acordeón. Escalaron por una parte del cofre hasta asirse de un fierro del camión y así saltar hacia la carretera. Rayas no se movía, y repitió que no podía mover el cuello. Traté de ordenar mis pensamientos y analizar la situación, sentía el cuerpo adormecido por lo que decidí, antes que nada, comprobar que podía mover los dedos de los pies; los pies desde los tobillos, las rodillas, la articulación de las caderas... ahí abajo todo estaba bien. No parecía haber huesos rotos o interrupciones en los nervios.

Entonces decidí hacer la prueba de salir por donde mis compañeros, con el primer fin de ponerme boca abajo y sacarme todos los vidrios de boca y garganta alta. Tomé aire muy lentamente hasta llenar mis pulmones y así lograr un soporte fuerte para mis brazos. Me aferré del tablero con la mano derecha y del poste retorcido del techo con la mano izquierda. Hice el mayor esfuerzo y me impulsé hacia adelante dejando un espacio entre mi cuerpo y el asiento, donde fueron a parar los vidrios que me cubrían en la posición reclinada. Habiéndome separado unos treinta centímetros del respaldo, una espada invisible se clavó en la parte baja de mi espalda haciéndome caer nuevamente en el asiento, tras un estruendoso grito de dolor, quedando cual faquir recostado sobre la masa de vidrios que se clavaban en mi piel.

El grito que salió de mi garganta ocasionó una tormenta de otros gritos totalmente ensordecedores. El camión de redilas transportaba a una multitud de marranos al matadero. Al parecer todos estaban en estado de choque y mi grito los volvió a la realidad, así que con el susto se activaron sus intestinos, produciendo una masa enorme de mierda y orines que comenzó a fluir desde las jaulas recorriendo el deforme cofre del auto, para depositarse en el interior donde me encontraba y así bañarme en calor y peste insostenible, hasta depositarse en el fondo del auto, cubriendo mis pantorrillas. Rayas, un minuto antes, al ver lo que estaba por ocurrir, había salido rápidamente diciendo cómo le dolía el cuello. Por un lado fluía la música, ahora la pieza "Father On The Stairs", y por otro los interiores de los marranos hacia mí como único beneficiario. Chavis se acercó y me preguntó si podía decirle algo pero con la mano tuve que negar, pues los vidrios y la sangre en flujo permanente, me impedían decir cosa alguna. Estaba desesperado y lo único que se le ocurrió fue decir:

- ¡No mames! ¿y si se está muriendo? -mientras sacaba su cámara de fotógrafo profesional del estuche para hacer unas cuantas tomas de lo que estaba sucediendo. Era una oportunidad única.

Se dio cuenta de lo que hacía cuando enfocaba para iniciar la sesión, y guardó la cámara nuevamente, colgándosela del cuello de forma cruzada por el torso. Tenía el rostro totalmente descolocado y fue a hablar con el chofer del camión para preguntarle dónde se podía pedir ayuda. Yo sabía que Bacalar no está muy lejos de Chetumal, así que si alguien pasaba podría en poco tiempo conseguir asistencia. Había dos nuevos problemas ante esta situación, primero, el hombre no hablaba (o fingía no hablar) español pero dialecto maya

como única lengua, segundo, la carretera estaba totalmente desierta en jueves dos de enero, a las dos y pico de la madrugada.

Los cerdos se habían callado y el fluir de la mierda se había detenido, pero yo seguía sintiendo el calor de los excrementos en la ropa y, si me movía un poco, los vidrios en la espalda. Me daba mucho pesar no poder decirles a mis tres compañeros que no me estaba desangrando por dentro, o cuando menos que no lo sentía así. No había forma de que estuviera muriendo, con tantas cosas que tenía que hacer. Sí, algo estaba mal en mi espalda baja, pero no me estaba muriendo. Los miré cuchichear entre ellos, Rayas sobándose el cuello, Gerry limpiándose la sangre de una herida en la mejilla gracias a los vidrios, y Chavis, ahora dueño de la situación como su actitud corporal lo indicaba. Pero no me estaba muriendo. Ahora la canción era “Tulsa Tango”, lo que quería decir que se estaba repitiendo el casete en automático, pues es la segunda del álbum.

Chavis se acercó nuevamente a lo que debería haber sido mi ventana, y me miró detenidamente el rostro, luego el cuerpo, y se detuvo de forma singular en mi hombro izquierdo. Al ver en mis ojos la necesidad de saber lo que él estaba mirando, habló.

- Chango ¿puedes mover la mano derecha?

- Levanté el pulgar derecho para decir “sí”. El brazo izquierdo estaba dormido por completo y no lo podía mover.

- Bien, entonces con esa mano me vas a contestar. ¿Quieres que te diga toda la verdad de lo que veo?

- Pulgar arriba.

- Bueno, no te ves nada bien. Tienes una herida muy grande en el hombro izquierdo, y se te ve el músculo. Ya no hay piel y está sangrando bastante. ¿Te duele?

- Pulgar abajo.

- Estas lleno de sangre que te sale de la boca, aunque ya no está saliendo como hace un rato. ¿Puedes sentir de dónde sale esa sangre?

- Pulgar arriba.

- ¿Es de adentro de tu cuerpo?

- Pulgar abajo.

- ¿Es de la boca nadamás?

- Pulgar arriba -indiqué viendo cómo su rostro se aliviaba.

- ¿Hay algo que te duela en especial?

- Señalé mi espalda baja.

- Bueno, trata de no moverte. Parece, según lo que dice el güey del camión a señas, que se paró a echar una meada. No hay mucho en que nos pueda ayudar, pero ahorita le digo a Gerry que se vaya a trote a buscar ayuda. Según mis cálculos estamos a unos quince kilómetros de Chetumal, pero creo que el pueblo de Bacalar está más cerca. Rayas no puede mover el cuello, así que está sentado allá atrás. Si todo sale bien podría llegar ayuda pronto. ¿Crees aguantar bien?

- Pulgar arriba -señalé con la convicción que se necesitaba para dejarlo tranquilo, pero en el interior ni siquiera podía ya dimensionar lo que estaba pasando. Era una pesadilla hecha realidad.

- Perfecto, no te me vayas a quedar dormido por favor. Yo aquí estoy contigo y te voy a platicar un rato para que no te aburras.

- Pulgar abajo y sonrisa forzada de “no por favor, prefiero morirme”

Chavis tenía un calcetín en la mano con el cual comenzó a limpiarme la sangre del rostro, avisándome previamente que estaba limpio, ya que venía descalzo y eran los que traía para ponerse cuando le tocara manejar. Me vinieron a la mente imágenes de la facultad, y supe que ahora sí tenía un muy buen pretexto para no hacer la entrega de proyectos del siguiente lunes. Mis ojos veían cómo el profesor se convertía en un cochino así como los demás presentes en el salón (el que usábamos para las entregas de planos y maquetas), y en conjunto decidían que mi pretexto no era más que eso, un pretexto. Me echaban una luz a los ojos para deslumbrarme y se ponían a cagarme encima mientras me gritaban cosas que no podía entender. La realidad era que un auto que no se detuvo, con el ruido de su motor, había desatado otra ola de gritos y de mierda que me caía encima. Se oían menos pero no dejaba de lastimar los oídos. Seguramente ya se habrían muerto algunos porque no podía ser que callaran por las simples ganas de callar. El nivel subió hasta un par de centímetros sobre el asiento, y el calor se renovó junto con olores que ya no eran tan intensos porque mi nariz se estaba acostumbrando. Aun así me provocaron arcadas.

- ¡No se paró! -escuché a Gerry.

- Ahorita pasa otro, vas a ver, y nos ponemos todos a media carretera para que no se siga -era Chavis.

- Tú y el chofer, porque yo no me puedo mover con este dolor en el cuello.

### III

Pasó un tiempo que no pude medir; mi mente iba de un lado a otro ni dormida ni despierta. Ahora veía chicas en traje de baño, invitándonos a nadar en el mar con ellas sonrientes y hermosas, pero olían a mierda de marrano así que yo no quería ir. Me daba vergüenza decirles por qué, así que no entendían y se enojaban mucho conmigo. Los demás iban de volada y las más guapas rodeaban a Rayas. Todos reían y yo no estaba ahí, era el espectador de un cine con los asientos mojados y aromáticos.

- ¡Ahí viene otro! -gritó Rayas- ¡Párenlo!

Chavis agarró por el brazo al chofer del camión para que fueran tres los que hicieran la barrera, tomando en cuenta a Gerry que no se había ido a buscar ayuda pues creía que lo mejor era quedarse; Chavis solo no podría encargarse de Rayas y de mí. Enlazados de los brazos hicieron la barrera ante la cual el automóvil se vio obligado a hacer alto total. Algo hablaron con el piloto, que venía solo, y éste inmediatamente dio vuelta para regresar por el camino por donde venía, regresando a Chetumal para mandar una ambulancia. Chavis se me acercó.

- Chango, ya van por ayuda ahora sí ¿cómo la llevas?

- Pulgar arriba.

- Ya no te puedo quitar más vidrios porque están bien adentro, nomás no te los vayas a tragar.

- Pulgar arriba.

- ¡Gerry, checa si tenemos agua en la cajuela! a ver si se abre -gritó Chavis.

Los marranos, claramente menos individuos que la vez pasada, comenzaron con su ópera de mierda, gritando desaforados, y el nivel dentro del auto reinició su ascenso. En ese momento me hubiera gustado pegarle a Chavis por asustarlos, pero no había nada que hacer más que esperar a que el nivel no subiera demasiado. Llegó un poco abajo de mi ombligo. ¿Cuánto tiempo más habría que esperar a que llegara alguien? Me dieron ganas de llorar, pero no quería hacerlo por miedo a que los espasmos de mi cuerpo me enterraran más los vidrios de la espalda, o a ahogarme con los que tenía en la garganta. Paciencia, ya vienen.

Otra vez pasó un tiempo indeterminado y entonces llegó la primera ayuda. Era una patrulla de la policía judicial. Del auto ya estacionado bajaron dos oficiales quienes fueron abordados por Chavis, para darles una breve explicación de lo ocurrido.

- ¿Pueden llamar a la ambulancia por radio?

- Ya lo hicimos tan pronto supimos del choque.

- ¿Y tardarán mucho?

- Yo qué sé joven, en estas fechas tienen mucho trabajo. Vamos a ver de cerca lo que pasó.

¿Ese de ahí adentro está vivo?

- Sí, aunque está lastimado.

- No se le ve bien -dijo el oficial asomado por lo que podría haber sido mi ventana, pero que ahora era una especie de ranura muy horizontal.

- ¿Me escucha joven? -preguntó el otro oficial situado a un costado.

- Pulgar arriba.



- ¿Y el que está acostado allá, qué le pasa?
- Le duele mucho el cuello -contestó Chavis.

Los oficiales tenían rostros que inspiraban desconfianza, pero eran los únicos en quienes podíamos confiar por el momento, pues el chofer y sus marranos no habían sido de mucha ayuda. Se alejaron del auto jalando a Chavis con ellos para decirle algo que no alcancé a escuchar. La mierda se estaba enfriando y me daban escalofríos. Llegué a desear que se echaran otra ración, porque el frío recrudecía en el ambiente a pesar de que estábamos a escasos kilómetros de la costa. Para ese momento serían las cuatro de la mañana y el casete habría dado ya muchas vueltas... me volvía loco.

El motor soltó una chispa dentro del cofre y salió un humo que dio a las luces de la patrulla un aspecto fantasmagórico. Los marranos se asustaron nuevamente y el nivel subió ahora sí por arriba de mi ombligo. La parte de abajo se mantuvo fría para mi decepción, pero con un poco de suerte se prendería el auto y eso me daría calor. Era cosa de concentrarme y mandar las vibras al universo. Nada. El humo se esfumó, pero se dejaron ver las luces de dos vehículos que se acercaban. Uno era la ambulancia y el otro era la grúa, ángeles de nuestra salvación y redención respectivamente.

En cada vehículo venían dos personas, por lo que ya eran seis quienes estaban para ayudarnos. Después de un superficial análisis del estado de nuestro auto muerto, y de los cuatro que viajábamos en él, entre ellos decidieron que lo primero era sacarme de mi apesosa alberca. De la grúa el chofer sacó unas pinzas de cuchillas tan largas como un metro y veinte centímetros, y tan afiladas como las preguntas que uno nunca quiere responder. Trató de cortar el poste del techo del automóvil hasta ponerse rojo del esfuerzo inútil; minutos después ya eran los dos judiciales en un brazo de las pinzas y los dos de la grúa en el otro, realizando la tarea con movimientos espasmódicos y coordinados. Ante los ruidos generados por la maniobra, unos pocos cerdos gritaron de nuevo pero ya no hubo río intestinal, afortunadamente, porque ya bastante asco mostraban los cuatro y nada más faltaba que se fueran sin haber completado su cometido.

Finalmente el soporte cedió y pudieron retirar el techo, enrollándolo como la tapa de una lata de sardinas que se abre. Retiraron entonces los restos de la puerta de mi lado izquierdo sin imaginarse que permitirían la salida de aquella masa que parcialmente me cubría. Se hicieron para atrás algo tarde así que quedaron embarrados ampliamente, mientras los de la ambulancia se reían en silencio. El oficial en jefe los llamó para que acudieran a sacarme de ahí, antes de que terminara de salir la mierda.

Los dos integrantes del auxilio médico metieron las manos enguantadas por debajo mío, uno por la espalda y otro por las piernas, y a la cuenta de tres me cargaron lo más cuidadosamente posible, pero sin poder evitar mi dolor. Ya ningún cerdo reaccionó. Escalaron un pequeño tramo para llegar a una camilla que descansaba sobre el pavimento, donde me depositarían después de que Gerry sacudiera los vidrios adheridos a mi espalda. Trasladaron la camilla conmigo acostado en ella, rodando hasta la puerta trasera de la ambulancia, abierta por completo en sus dos hojas.

- ¿Alguien puede venir ya a revisarme? No puedo mover el cuello -escuché mientras me terminaban de acomodar en el interior.
- Ve a ver qué le pasa a ese de allá, mientras yo me quedo aquí limpiando a este de acá -dijo el enfermero que claramente tenía mayor autoridad.

Primero sacó todos los vidrios de mi boca, reanudándose la hemorragia pero levemente, y me fue limpiando con gasas y algo desinfectante que no era alcohol. El ardor hubiera sido insoportable de no ser porque a esas alturas ya todo era soportable. El daño era superficial y leve, y recuperé la posibilidad de hablar inmediatamente terminada la limpieza. Antes de hablar, respiré profundamente unas cuantas veces.

- ¿Qué hora es? -Fue lo primero que atiné a decir.
- Las cinco de la mañana, un poquito pasadas.
- Llevamos aquí tres horas o más desde que chocamos.
- Bueno, pues ya no estaremos mucho tiempo, nomás que traigan a sus amigos el del cuello y el de la cara cortada, y nos vamos. Yo estaré aquí atrás todo el trayecto, para ir limpiando la herida del hombro en lo que llegamos a Chetumal. ¿Le duele la herida, joven? Todavía sangra.
- No, hace rato tenía el brazo dormido, pero ya lo siento normal, la herida no me duele en absoluto.

Rayas y Gerry subieron a la ambulancia, el primero asistido por el enfermero que hacía las de chofer también. Rayas me miró con empatía y me preguntó cómo estaba, y así resurgió en un instante todo lo que ya teníamos de historia de amistad y crecimiento juntos. Descubrir las calles de la Ciudad de México en los setentas: La Condesa, Coyoacán, Copilco el Bajo, San Jerónimo, la Roma, y tantos otros barrios. Haber salido de las cosas difíciles de la adolescencia en los ochentas, esas que uno esconde de los padres y de cualquier otra figura de autoridad, que tienen que ver con la policía, las malas compañías, y las acciones imprudentes e infantilmente delincuenciales. Todo lo que venía sucediendo en los últimos días y hasta el momento del accidente, ahora había desaparecido de mi pensamiento. ¿Cuánto tiempo duraría ese sentimiento?

- No mames, qué susto nos sacaste -dijo crípticamente Rayas, moviéndose de forma robótica.
- Oye ¿ya le vas a limpiar ahí? -preguntó Gerry al enfermero, señalando mi hombro izquierdo.
- Ahora mismo -contestó molesto el profesional de la salud, que se sentía insultado en sus capacidades del ejercicio de su labor.
- 'Tá bueno, sólo preguntaba -replicó Gerry.

La ambulancia, por su físico, evidenciaba haber nacido en los años cincuenta o principios de los sesenta, y se movía ostentando el uso de sus amortiguadores originales. Sonaba como matraca del quince de septiembre, esa sí nuevecita y jalando a todo mecate, y olía a aceite quemado y gasolina. Su interior era perfectamente funcional en cuanto a sus capacidades médicas, con un tanque de oxígeno, mangueras por aquí y por allá, luces estratégicamente colocadas, botiquín empotrado a pared, y todo lo que un enfermero pudiera haber deseado en la década más exitosa de Mauricio Garcés.

Las punzaciones en la espalda correspondían al traqueteo de la máquina y no quedaba más que aguantarse; cada vez estábamos más cerca del destino. Repentinamente la ambulancia se detuvo a la mitad de la nada para sorpresa mía y de mis amigos, que fue mayor cuando nos percatamos de que el chofer había abandonado desfavorido su puesto,

adentrándose en la maleza. El enfermero tripulante no se mostró contrariado y seguía los trabajos en mi hombro izquierdo.

- ¿Qué está pasando? -preguntó Rayas.

- Nada, así se pone cuando le dan ganas de mear. Sufre incontinencia -respondió el enfermero en jefe.

- ¡Pero ya tenemos que llegar al hospital! -respingó Gerry.

- ¿Qué quieren, que nos inundemos aquí también? ¿No les sobró con la inundación del coche?

Todos callamos evidenciando que estábamos de acuerdo con ese razonamiento, y esperamos pacientemente a que el chofer regresara, con rostro aliviado y tarareando de felicidad. Nuestro carruaje siguió su camino y vimos las primeras luces de la civilización. Pronto descubriríamos que sí eran luces, pero de civilización nada. Habíamos llegado al único hospital privado que entonces existía en Chetumal. Se abrieron las puertas siendo accionadas desde afuera por nuevos camilleros.

- No me puedo mover, me duele el cuello.

- A ver joven, tome mi brazo para ayudarse a bajar, y podamos sacar la camilla -dijo desde abajo uno de quienes nos recibía.

- Este ya viene limpio de la herida, pero hay que checarlo bien de la espalda. De ahí en fuera parece que no tiene otras cosas -indicó el capitán de nuestra nave en términos que, por mi desconocimiento técnico, no puedo repetir ahora.

- A mí no me pasó nada, sólo tengo la herida en la cara -comentó Gerry-. ¿Cómo está el asunto del pago de esta ambulancia?

- Le dejamos ahora el recibo a la señorita de urgencias, y ella ya se los pasa con todo lo que vaya a ser por la hospitalización -respondió el chofer mientras llenaba un talonario.

## IV

Estábamos los tres solos en el área de urgencias y no había movimiento alguno en el hospital. Platicábamos de los eventos recientes, haciendo tiempo, y con dudas de lo que estaría pasando con Chavis en el lugar del choque, donde se había quedado con los judiciales y el chofer de los marranos. Después de un rato pasó una enfermera, adormilada, cerca de nosotros, como si no estuviéramos ahí.

- Señorita, disculpe, pero ya paso media hora y nadie nos viene a atender -indicó Rayas de forma poco amigable aunque sin ser grosero, girando el cuerpo completo unido a la cabeza por un cuello inmóvil.

- Sí ya llamamos al médico de guardia -contestó la enfermera sin hacer caso al ánimo de Rayas.

- ¿Y por qué no ha venido?

- Es que el doctor Peláez está de guardia imaginaria.

- ¿De guardia imaginaria? -pregunté confundido.

- Sí, es decir que está en su casa durmiendo y si hay una emergencia le llamamos para que venga. No había atendido el teléfono hasta hace cinco minutos, pero ya viene.

¡Guardia imaginaria! Un maravilloso concepto para hacer genuina la inoperancia del sistema médico de Chetumal. No había nadie más que se pudiera hacer cargo, o quizás sí, pero todos eran imaginarios. Pocos minutos después se abrió la puerta de calle dejando entrar las primeras luces del amanecer, que empujaban hacia adentro a un médico que llegaba malhumorado por haber sido despertado, y que no había puesto cuidado en quitarse el “almohadazo” del cabello.

- ¡A ver! ¿Qué está pasando aquí que me llamaron con tanta urgencia?

- Chocamos contra un camión que estaba parado sin luces en la carretera y estamos lastimados. Me duele mucho el cuello y no lo puedo mover.

El médico (si es que lo era) tomó a Rayas de las orejas con ambas manos, observando su rostro como si tratara de identificar posibles desequilibrios estructurales, cuando de pronto giró la cabeza con las manos abruptamente. Rayas gritó con todas sus ganas.

- ¡Este no tiene nada! Nomás se torció el cuello, lléveselo para allá y encárguese de que no haga mucho alboroto, que nos asusta a los de hospitalización -ordenó a la enfermera presente.

- Oiga doctor, pero no hay nadie en hospitalización...

- Pues por eso, no vaya a espantar a los clientes que quieran ingresar. A ver por acá, qué tiene este otro -aventó su mala-ostia hacia mi rostro, con unas cuantas gotas de saliva.

- Me lastimé la espalda baja y ahorita no me duele, pero hasta que llegamos aquí no me había dejado de lastimar. Además tengo esta herida en el hombro -señalé con la mano derecha.

Peláez metió las manos palmas arriba debajo de mi espalda, juntas en la ubicación de mis lumbares, como tomando medidas y palpando posibles desacomodos. No alcancé a

ver la similitud de la acción con su paciente anterior, así que me tomó por sorpresa. Levantó mi cuerpo repentinamente haciendo un arco con la columna vertebral, ante lo cual sentí un dolor que me arrancó un aullido terrible para dejarme después totalmente mudo y sin aliento.

- ¡Este tampoco tiene nada! ¡Señorita! ¿No hemos hablado de lo que son las verdaderas urgencias, que ameriten hacer el uso de mi teléfono personal? -regañó severamente a la enfermera.

- ¡Pero doctor! Los de la ambulancia y los muchachos me dijeron que el accidente había estado muy feo y que algo estaba muy mal en la espalda de este joven -lloriqueó la mujer.

- ¿Los de la ambulancia y los muchachos? ¿Escucha lo que me está diciendo? El único que sabe algo aquí de lo que significa una urgencia médica soy yo ¡y le digo que no tenían por qué haberme despertado! -ahora sí estaba furioso.

- ¡A ver hijo de tu puta madre! -le insulté con la fuerza que me permitía la situación-. Ahora mismo me sacan estudios y hace lo necesario para ver qué pasa con mi espalda ¡o me encargo de que te lleve la chingada antes de que acabe el día!

- ¡A ver señorita! llame ya mismo al radiólogo y que le saque unas placas a este chamaco chillón -dijo notoriamente menos airado, y sin objetar al insulto y la amenaza-. Usted y yo vamos a platicar a solas en un rato -terminó amenazante ante una, cada vez más, afligida enfermera.

- No se preocupe señorita no le va a pasar nada con este pendejo, porque usted está haciendo lo correcto y nosotros somos testigos -dijo Rayas a manera del príncipe salvador de la dignidad femenina perteneciente a la enfermera, que por cierto no estaba nada fea, y ahora lo veía con ojitos de borrego y sonrisa blanda.

Gerry soltó una carcajada ante la situación, por los nervios y la tensión acumulada, así que todos reímos también. Peláez no, que ahora caminaba hacia quién-sabe-donde, fuera de sí. La enfermera avergonzada de haber quedado expuesta ante los encantos naturales de Rayas, nos avisó que iba a la central telefónica a llamar al radiólogo de guardia.

- ¿No está aquí en la zona de diagnóstico? -preguntó Gerry señalando el letrero correspondiente.

- No, está de guardia imaginaria.

Media hora después, ya con luz de día, llegó el radiólogo con una cara muy diferente a la de Peláez. Nos saludó amigablemente, bien presentado y oliendo a agua de colonia debidamente aplicada, para luego preguntar a la enfermera de qué se trataba. Ella le explicó y nos pasaron a Rayas y a mí al área de estudios radiológicos. Después de un rato en el que nos había sacado varias placas, salimos pero no vimos a Gerry; Rayas y yo esperamos hasta que nos subieron a un cuarto con dos camas, bastante limpio e iluminado. También parecía ser de los años sesenta, en perfecto juego con la ambulancia, pero afortunadamente haciendo contraste con la juventud y lozanía de las dos filas de enfermeras que nos daban la bienvenida.

Como éramos los únicos pacientes en el hospital (era un año nuevo excepcionalmente tranquilo, decían, pero nosotros no estábamos de acuerdo), las seis enfermeras del turno de la mañana estaban ahí para atendernos por completo. Era una colección de belleza autóctona de la península, muy justa para lo que habíamos pasado en

las últimas ocho o nueve horas. Yo me sentía algo avergonzado pues todavía traía la ropa del choque que, si bien algo la había limpiado el capitán del navío salvador de náufragos, todavía tenía los recuerdos de nuestros compañeros marranos en la tragedia.

- Joven, a usted hay que bañarlo por completo antes de meterlo a la cama, y tirar esa ropa a la basura -dijo una enfermera alta para el promedio peninsular, de piel aterciopelada y de hermosos ojos que remataban en unos labios inesperadamente delgados.

- Bien, amiga, ayúdame a ir al baño y ahí yo me encuero y me ducho. Pero voy a necesitar que dos de ustedes se estén cerca, no vaya a ser que me caiga -al decir esto todas se rieron, entre apenadas porque no les estaba hablando de usted, y por haberles dicho que me iba a “encuerear”.

- Ay sí ¿y yo qué? -argumentó Rayas-, yo también necesito ayuda para que me encueren. Me duele mucho el cuello.

- ¡Muchachos! ¡Qué cosas dicen! Si siguen así se ayudan entre ustedes y mejor les mandamos al doctor Peláez a que se encargue de cuidarlos ¿eh? -dijo una enfermera algo rolliza, pero que no le sobraba ni un miligramo, y tenía la sonrisa más bella de todas.

Ahora estábamos en un blanco e inmaculado paraíso del pasado, y rodeados de ángeles morenas, con muchas ganas de divertirse mientras se encargaban de nuestros cuidados. No importaba cuánto tiempo íbamos a permanecer ahí, si todas ellas estaban destinadas a acompañarnos. Me metí a la ducha deteniéndome de las barras de acero inoxidable para el caso, y sentí la gloria del agua tibia escurriendo por mi cuerpo. Una de las enfermeras me había advertido de no mojar la herida del brazo izquierdo, pues tenían que hacer una curación especial una vez que me hubiera bañado, así que puse mucho cuidado en la instrucción. Salí lentamente para secarme, deteniéndome de las barras y del lavamanos, pues la espalda me dolía aunque menos que hacía un rato. El color de la luz demostraba que era mediodía. Me detuve frente al espejo indeciso en cuanto a ver la herida del brazo. Ya sabía que estaba fea por todo lo que habían dicho, y además me estaba doliendo mucho desde antes de meterme a bañar. El dolor se transmitía hasta mis dedos anular y meñique en impulsos eléctricos intermitentes, que dejaban un molesto hormigueo en la parte alta del brazo. Podía ver que ocasionalmente me escurría una gota de sangre hacia el codo y luego por el antebrazo. Ni modo. Volteé hacia el espejo para asomarme y encontrar que había una gran franja de piel perdida, y claramente se asomaba la masa muscular con una apertura en el sentido de las propias fibras. Nunca había visto el interior de un ser humano en vivo, ni siquiera una parte. Me dieron ganas de llorar pero me las aguanté sin saber la razón. Finalmente nadie me veía ni tenían por qué darse cuenta, así que no era la vergüenza el motivo. Simplemente no podía, a pesar del dolor que sentía en el pecho, que en ese momento superaba al de la espalda y al del brazo.

Me repuse anímicamente, sequé la humedad contenida en mis ojos, ajusté la bata lo necesario, y abrí la puerta del baño para regresar al cuarto donde ahora no sólo estaban las seis enfermeras y Rayas, sino también Gerry y Chavis. La mujer que nos había recibido en urgencias, con mucho mejor cara ahora, y otra chaparrita, me ayudaron a dirigirme a la cama inmediata a las puertas de acceso y del baño. Rayas estaba acomodado en la cama de la ventana con dos de las bellezas, sentadas una a cada lado, riéndose de sus coqueteos. En el piso estaban nuestras cuatro maletas y la caja de casetes que nos acompañaba con su música empacada para viajes, ahora con un espacio vacío donde debería haber estado el caset de “Rumble Fish”.

- ¡El estéreo del auto desapareció con el caset adentro! -me dijo Chavis al notar la pregunta en mi expresión.
- Menos mal, ese no lo quiero volver a escuchar en mucho tiempo -comentó Rayas.
- Sí, desapareció mientras los de la grúa soltaban el auto del camión, así que no hay mucho que pensar de quienes se lo quedaron -fue el comentario de Gerry.
- Bueno, no falta nada más -la voz de Chavis no sonaba muy segura; no importaba porque ahí estábamos los cuatro.

## V

Gerry nos habló de cómo era Chetumal, y cómo la normalidad no había sufrido alteraciones para el resto del mundo. “Mira Gerry, esas gaviotas que van ahí volando, estarían haciendo lo mismo si nos hubiéramos muerto en el choque”, había sido el comentario de Chavis mientras caminaban las calles unas horas antes, buscando un lugar dónde quedarse a pasar las noches que fueran necesarias. Probablemente el presente inmediato no se habría modificado mucho, pero a partir del momento en que los que nos quieren se enterasen de nuestra irremediable y perenne ausencia, vaya que el futuro hubiera cambiado. La funeraria hubiera tenido cuatro clientes más, las aerolíneas habrían hecho un negocio que nunca existió; el hospital, todo lo contrario. No hubieran existido nuestras creaciones posteriores, nuestros hijos, y definitivamente el mundo a la larga, por poco que signifiquen nuestras existencias, hubiera sido otro.

Después de platicar un rato y reírnos sin importar en qué condición nos encontrábamos, Chavis y Gerry salieron del hospital cuando una enfermera nos trajo dos insípidas charolas portando alimentos aún más insípidos. No puedo asegurarlo pues no probé las charolas. Se fueron prometiendo que regresarían en la noche antes del cierre del horario de visitas, con alguna sorpresa. Entró, casi inmediatamente después, un médico que no conocíamos pero con aire bastante más profesional que Peláez. Después de sacar a todas las enfermeras con tan sólo mirarlas, menos una a la que no volteó a ver, nos explicó los resultados de las radiografías.

Vaya, para mí un daño serio en las lumbares 2, 3 y 4 que se llama “fractura por aplastamiento”, y por suerte no había quedado sin movimiento en las piernas ni tampoco necesitaría cirugía de columna. La forma de tratarlo debería ser dictada por un médico que me hiciera mayores estudios en la ciudad de México; por lo pronto tenía que moverme lo menos posible. Rayas tenía un ligero esguince en el cuello y con medicamentos y reposo moderado, estaría recuperado en muy poco tiempo. Lo más conveniente era que los dos nos quedáramos dos noches en observación mientras nuestros amigos coordinaban el traslado a nuestra tierra. Hice consciencia de no haber preguntado a Chavis y Gerry si ya habían avisado a nuestras familias.

Tan pronto partió el Dr. Rejón, acompañado de la última enfermera, Rayas y yo comenzamos una conversación que pretendía ser profunda pero por nuestra inexperiencia, característica de la edad, más bien era soberbia y superficial. Dedujimos que el universo nos tenía preparado algo especial para la vida, y por eso no habíamos muerto. Era como haber nacido de nuevo. Nos sentíamos capaces de todo a partir de ese momento y el mundo entero “nos la pelaba”. Mi herida en el brazo había sido ocasionada por los fierros del camión que habían entrado y salido por la ventana al momento del impacto, como navajas. Si no me habían dado en la cabeza, era porque me había agachado hacia mi lado derecho al dar el volantazo con el brazo izquierdo estirado, cosa que interpretábamos como un hecho casi de carácter divino; con el tiempo me doy cuenta de que eso no significaba nada más que el hecho de que me había lastimado en ese lugar y no en cualquier otro.

Después de un rato de revivir la avalancha de mierda y orines, los gritos, y todo lo acontecido, nos quedamos callados. En la ventana cerrada chocaban los últimos suspiros de un atardecer violeta carente de poesía, pues estaba enmarcado por edificios de dudosa reputación arquitectónica, aires acondicionados, postes y cables. Tocaron a la puerta y sin esperar respuesta entró en la habitación nuevamente la enfermera de los alimentos. Después de preguntarnos qué íbamos a querer de un menú igualmente carente de poesía, y que



además carecía del color violeta, se retiró sin cerrar la puerta, para dejar entrar a tres de nuestras amigas que venían con las enfermeras del turno de la noche.

Oh decepción para Rayas, que ya se había visto en medio de una película porno, cogiendo con las chamacas en su cama, en la regadera, sobre la televisión (que aún no habíamos prendido), asomándolas por la ventana, y en mil otras posiciones. El turno de la noche estaba protagonizado por dos enfermeras entradas en años y en carnes, con aspecto militar, que venían a leernos la cartilla. No podíamos seguir haciendo el escándalo que les habían dicho que ocurrió en la tarde. El personal femenino del hospital estaba ahí para trabajar, y nosotros para guardar reposo, y ellas dos se encargarían de que siguiéramos esas y otras reglas, al pie de la letra. La de más edad tomó un ajedrez que siempre nos acompañaba en los viajes y ahora estaba visible sobre una mesa de servicio, donde también Gerry había dejado nuestros libros y el juego de backgammon.

- Vaya, parece que estos muchachitos también piensan, aunque sea un poco.
- Sí, me parece buena idea que mejor utilicen su tiempo en el ajedrez y los libros -dijo la enfermera gorda, desconectando el televisor y echando el control en su bolsillo.
- Muy bien, ya entendieron, ahora se ponen a hacer algo de provecho y a descansar, y si necesitan algo nos llaman apretando el botón de la cabecera de las camas.

Sin decir más abandonaron nuestro cuarto y, pasados algunos segundos, nos carcajamos de la situación. La puerta se volvió a abrir silenciándonos abruptamente. Eran Chavis y Gerry con la sorpresa prometida, dos tortas y dos hamburguesas tamaño jumbo, acompañadas de dos litros de agua de horchata. Eran grasosas a morir (las hamburguesas, no las horchatas) y con una buena dotación de jalapeños, mayonesa, frijoles, jitomate, huevo, queso derretido, cátsup, crema, cebolla... el lector versado sabrá colocar cada ingrediente donde corresponde. El caso es que apestaban todo el hospital, lo que atrajo apuradamente a la enfermera de la comida para ver qué estaba pasando.

- Nada señora, estamos esperando la cena.
- Pues yo creo que ya no lo están haciendo, a ver, denme para acá lo que hayan metido.
- No hay nada, revise bien para que se quede tranquila, ese olor se ha de haber metido por la ventana, desde el restaurante que está justo ahí abajo -le dijo Chavis con una sonrisa encantadora de complicidad.
- ¿Del restaurante de mariscos de ahí abajo? Pero aquí no huele a mariscos, huele a carne y a fritanga -respondió la mujer, divertida.
- Ay, es que en los hospitales cualquier cosa externa huele a fritanga, después de tanto suero, alcohol, medicinas, y todo tan limpiecito -Chavis provocó la risa de una enfermera que, ahora, ya no tendría problema en pasar por alto el contrabando alimentario que estaba sucediendo en sus narices.
- Miren muchachitos, no voy a decir nada, pero prenden los ventiladores apuntando a la ventana abierta, y se comen lo que les traiga por más tortas que se hayan cenado, porque yo tengo que regresar una vajilla que demuestre que han ingerido su dieta como debe ser.
- Claro que sí -contestó Rayas-, pero no se vaya, le comparto la mitad de mi hamburguesa para que no se quede con el antojo -todos reímos, pero ella no aceptó el ofrecimiento.

Después de un rato, solos los cuatro en la habitación, habíamos consumido los alimentos sagrados, sabiendo nos tocaría luego deglutir los profanos que llegarían en

“charola de plata”. Chavis nos dijo que habían encontrado un lugar que prometía, para ir a bailar y divertirse un rato con unos tragos, y a ver qué chicas se aparecían. Era jueves en la noche y no había por qué desperdiciarlo, ya que nosotros estábamos bien cuidados. El menú que prometían para el desayuno era barbacoa con su respectivo consomé, así que ni siquiera se nos ocurrió que, por solidaridad, se quedaran guardados a dormir haciendo retrospección ante los hechos recientes. “¡A coger y a mamar que el mundo se va a acabar!” fue la frase de despedida, y otra vez se fueron sin dar detalles de qué estaba sucediendo con nuestras familias, o cualquier otra cosa del mundo real. Nos quedamos solos nuevamente hasta que llegaron las dos charolas, recelosas de saberse no muy aceptadas, pero con la autoridad que les confería el compromiso que teníamos de terminar hasta la última zurrapa de su contenido. Acabando de ingerir nuestra segunda cena, caímos dormidos sin remedio.

## VI

Al día siguiente, tras una noche de visitas de control que nos despertaron repetidamente, pero no nos impidieron seguir durmiendo de lo lindo tan pronto terminaban, aparecieron un par de charolas desconocidas con gelatina, pan tostado y jugo de naranja. Luego Chavis y Gerry con la barbacoa.

- Ya hablamos a México -comentó Chavis sin esperar a que le preguntáramos, pues sabía que ya era momento de ir aterrizando en la realidad.
- ¿Qué dijo mi madre? -pregunté directamente, pues conozco como se pone de aprehensiva.
- Uy, cuando oyó lo que le estaba contando se puso como loca de que no le hubieras llamado tú personalmente. Estaba aferrada en hablar contigo pero le dije que no había chance porque el cuarto no tenía teléfono (recordemos que los celulares, a pesar de haber sido inventados a principios de los setentas, eran prácticamente inexistentes en esa sociedad mexicana de 1992), entonces se puso peor; creyó que si no le llamabas tú era porque te habías muerto.
- Carajo ¿pero ya te creyó que todos estamos *bien*?
- Le comuniqué al Dr. Rejón para que le explicara directamente las cosas, y a él sí le creyó. Le dijo que lo mejor es que ella y mi papá avisaran a los demás padres. Que organizaran cómo trasladarnos a la ciudad, y que el mandaría todos los diagnósticos y expedientes con nosotros. Tu mamá ya está organizando, así que parece que nos vamos mañana de regreso. El doctor dice que no hay problema de que volemos si seguimos al pie de la letra sus instrucciones.
- ¿Y qué te dijo tu papá? -seguí interrogando con bastante preocupación, pues yo iba al volante durante el accidente, y de seguro me querría ahorcar don Jaime por haber puesto en riesgo la vida de su hijo, así como haber terminado con la del auto.
- Ya te imaginarás que está preocupado, pero ya está viendo el tema del seguro del auto y el seguro médico, mientras tu mamá ve lo del viaje y el tema de los aeropuertos. Parece que vamos a necesitar atención especial en el traslado, para ti sobre todo.

Afortunadamente habíamos terminado con la barbacoa y el consomé, y el ventilador del cuarto había hecho su trabajo, cuando entró el Dr. Rejón. Nos explicó de forma concisa de qué se iba a tratar el traslado y los cuidados inmediatos, en lo que tomaban el caso nuestros respectivos médicos en la ciudad. Me dijo que para mi herida del hombro había dos opciones: o sacaban un injerto de piel de una de mis nalgas, la que yo eligiera, para hacer que quedara mi brazo de la manera más estética posible, o lo dejábamos así y acabaría formándose una cicatriz de buen tamaño, que me acompañaría el resto de la vida, misma que no sería nada estética. Evidentemente preferí dejar mis nalguitas intactas ya que me salieron muy buenas, y tampoco se trataba de multiplicar las cicatrices del accidente. Siendo así, no teníamos que esperar hasta el siguiente día hospitalizados y podríamos irnos en el vuelo de la noche. Abandonó el cuarto para dejarnos platicar y decidir.

Todos pensamos que irnos era lo mejor, aunque Rayas no estaba tan convencido porque todavía veía posibilidades muy reales de protagonizar su película porno. Eso no se lo dijo al doctor por supuesto. Chavis bajó a la recepción para hablar a México y ver si era posible coordinarlo todo para el mismo viernes; durante la espera regresaron las enfermeras del día a ver cómo estábamos y amenizar la situación. Recibieron la noticia de nuestra partida con decepción, pero hicieron una lista de sus teléfonos y nos pidieron los nuestros,

para no dejar perder una relación que de todas formas ya estaba perdida pues nunca había existido. Era evidente que no volveríamos a saber de ellas. No pudieron quedarse mucho tiempo dado que había más pacientes, provenientes de los intercambios violentos sucedidos en la noche anterior, en uno de los bares de la zona recia de Chetumal.

Quizás una hora después Chavis regresó con la organización lista, así que transcurrió apaciblemente el tiempo restante para nuestro traslado. Jugamos backgammon, platicamos sobre lo que nos esperaba de regreso; Chavis y Rayas, que estudiaban cine en el CCC, planeaban un filme de lo que había sucedido, y que nunca se ejecutaría. Yo pensaba en voz alta, cómo retomaría el quinto semestre de arquitectura, mientras cumplía con un reposo casi horizontal y absoluto, durante los próximos cuatro meses. Gerry se divertía de oír nuestras tribulaciones. Siempre fue el más centrado de los cuatro.

## VII

Llegó el momento de partir en la ambulancia hacia el aeropuerto, donde me esperaba una silla de ruedas para subir al avión. No tuvimos que esperar filas o trámites y entramos directo a nuestro vehículo aéreo, ya que mi madre por medio de sus contactos laborales en la PGR había movido los engranes indicados.

El vuelo fue tranquilo y sin turbulencias aunque un poco incómodo porque los pasajeros todos ya me habían mirado curiosos al subir, gracias a mi posición en el primer asiento de pasillo, con claras evidencias de que venía directo del hospital. Rayas obtuvo el teléfono de una guapa sobrecargo que, después me enteré, pasó por su cama un par de veces, así que cuando menos su frustrada fantasía de la enfermera, fue sustituida con éxito por la fantasía de la azafata. Veníamos haciendo escándalo con nuestras risas y comentarios, y nos importó poco que las demás personas se molestaran con nuestras imprudencias y palabras incómodas. Era nuestra nueva vida chingárese quien se chingare.

Llegó el momento en que se vio la hermosa maravilla que es la nocturna Ciudad de México desde los aires. Ese cúmulo de luces y de vida frenética de viernes por la noche, que hipnotiza a cualquiera y lo hace sentir todo tipo de emociones. Rayas y yo sufríamos del estómago, porque las tortas, hamburguesas y barbacoa, reclamaban su lugar de salida y no podíamos estar yendo al baño. Chavis y Gerry venían más enteros, pues habían bailado mucho la noche anterior, pero no habían bebido de más y estaban descansados. El avión ya estaba alineado con la pista de aterrizaje que nos recibió muy suavemente para alegría de mis vértebras lumbares. Nos desplazábamos ya en tierra y por las ventanas se vio un despliegue de patrullas de la policía judicial que escoltaban, en formación de escuadra, a una ambulancia impresionante por su estética. Estuvimos seguros de que era nuestra comitiva de recibimiento, con lucecitas rojas y azules, sirenas, y todo lo que un accidentado puede desear al llegar al aeropuerto del entonces Distrito Federal.

El avión se detuvo a media pista ante la sorpresa de todos los tripulantes civiles, así que el piloto dio aviso por el micrófono de que esa parada sería breve, pues sólo era para hacer descender a cuatro pasajeros que tenían prioridad por condiciones de salud física. Como era de esperarse lo dijo en español y en inglés y, como también podría adivinarse, en ninguno de los idiomas se entendió ni tantito de lo que dijo.

Bajaron mis tres compañeros por su propio pie, y a mí me bajaron en silla de ruedas dos oficiales de porte digno de teleserie, que parecían haber sido elegidos por casting y no por sus competencias profesionales. Ciertamente su trabajo lo hicieron muy bien. Yo en ambulancia y mis compañeros en sendas patrullas, fuimos trasladados a una sala de desembarco que estaba apartada de las salas comerciales, y donde nos esperaban nuestros familiares. La recepción fue efusiva, con lágrimas y todo, y en la sala que era totalmente nuestra se sucedieron los relatos que protagonizábamos, se escucharon agradecimientos a la voluntad divina, Rayas y yo pudimos ir a cagar, se repartieron abrazos, brindamos (no recuerdo con qué) por la vida y la fortuna de estar juntos, se hicieron planes para el futuro que nos relacionaban a todos como parte de una sola familia, y yo pensaba que nosotros cuatro ya lo éramos, como toda familia de esas que se forma de hermanos con los que creces en la infancia y adolescencia, pero que no necesariamente dura hasta el final de los tiempos.

Me gusta poder decir aún hoy, a casi treinta años de sucedido el accidente, que Chavis y yo somos tan hermanos, e incluso más, que cuando lo empezamos a ser a los 5 años de edad. Un regalo de la vida.

Acabó entonces la bienvenida, despidiéndonos y agradeciendo a todos los oficiales y a la tripulación de la ambulancia. Yo sabía que la verdadera historia de lo sucedido quedaría enterrada en un lugar inalcanzable para cualquier ser humano, y que sólo podría permanecer a flote una versión de la historia como la que les acabo de relatar, o algo parecido que cualquiera de los otros involucrados estuviera dispuesto a contar desde su perspectiva.

El médico Peláez fue asignado a un trabajo de camillero a partir de lo sucedido, pues nuestros padres hicieron lo pertinente para que nadie en el futuro corriera el riesgo que nosotros habíamos pasado con él.

Las guardias imaginarias fueron muy bien recibidas por el sistema de salud de otras localidades, siempre los profesionales preguntándose: ¿Cómo no se nos ocurrió antes?

Las seis hermosas enfermeras fueron personajes “ficticios” de un guion para cortometraje estudiantil que nunca se filmó.

Mi cicatriz del brazo izquierdo me ha dado para contar las historias más increíbles cuando me preguntan qué me pasó, y el puro aspecto que presenta les da veracidad.

El estéreo del auto nunca apareció y el álbum de “Rumble Fish” fue algo que ni siquiera pensé en volver a escuchar durante muchos años, hasta haber empezado a escribir el texto que ahora termina...

Gerry poco tiempo después se fue a vivir a Cozumel y lleva una vida exitosa hasta donde me he enterado, pues nunca volví a tener contacto con él.

Mi relación con Rayas duró otros veinte años; disfrutamos momentos de la buena amistad que habíamos compartido desde pequeños; ambos estropeamos los otros. Acabó cometiendo una de las peores traiciones y deslealtades que se le pueden hacer a un amigo. Bien mi madre me dijo cuando éramos chicos, que “ese niño va a acabar con muchos problemas y, si no te pones vivo, te va a lastimar más de una vez”. No sé cómo lo vio en su momento, pero tenía razón.

Quienes son tus amigos siempre lo son, y quienes no, nunca lo fueron.

La última frase que se oyó antes de que cada uno se subiera a su automóvil, fue proferida por Jaime el padre de Chavis, con su característico acento español y el abundante bigote que lo enmarcaba:

- Bien, ahora me tengo que encargar de estos cabrones del seguro, que además nos quieren cobrar los cadáveres de los cincuenta cochinitos. ¡Y ni siquiera nos los piensan dar para hacernos unas carnitas! Ya saben, aquí en México todo se acaba pagando.